

¡Arrepentíos, pecadores!

por *Mar Reche*

Esta semana, pensando en nuestra pureza de espíritu, el Cineclub nos ofrece la edificante historia de un hombre que quedó atrapado en su propio cuerpo, pero no perdió las ganas de vivir.

Atrapados

El 8 de diciembre de 1995, a la edad de 43 años, el editor de la revista *Elle* sufrió un ataque que lo dejó en coma. Al recuperar la consciencia 20 días después, se encontró con una mente perfectamente lúcida y consciente, atrapada en un cuerpo paralizado; sólo podía mover un ojo.

La escafandra y la mariposa es el libro que *Jean-Dominique Bauby* escribió sobre su experiencia. O más bien, lo dictó a una paciente colaboradora, mediante un ingenioso sistema basado en parpadeos.

La escafandra y la mariposa es también la última película de *Julian Schnabel*, que adapta la novela de *Bauby*. Un planteamiento a priori arriesgado, con su protagonista incapaz de mover más que un ojo y prácticamente confinado en un hospital, pero que no carece de precedentes, como **Johnny cogió su fusil** o la reciente **Mar adentro**. Con esta última se han establecido no pocas comparaciones; desde quienes acusan a *Schnabel* de copiar a *Amenábar* (argumento un tanto pueril) hasta quienes opinan que **La escafandra...** es una genuina obra de arte, manifiestamente superior a **Mar adentro**. Al fin y al cabo, *Amenábar* sólo es un narrador de historias al estilo clásico, con aguzado instinto comercial (imperdonable), mientras que *Schnabel* ya era un reconocido artista antes de acercarse al mundo del cine.

¿Pero son tan distintos sus planteamientos?

Telefilm “arty”

Schnabel aborda el tema desde los parámetros del cine de autor europeo: rueda en Francia, con un reparto de reconocido pedigrí, y un planteamiento estético decididamente poco convencional; ¿qué mejor manera de acercar al público a la situación de *Bauby*, que mostrarle el mundo a través de sus ojos?

Desde el principio, *Schnabel* nos muestra todo desde el punto de vista subjetivo de su protagonista, atrapado en su cama sin poder siquiera girar la cabeza; como le sucede a *Bauby*, nuestro único respiro de este encierro es a través de sus recuerdos y ensoñaciones. Este truco resulta muy eficaz para identificarnos con el drama del personaje, y proporciona momentos tan potentes como la escena en que le cosen el ojo enfermo.

Hubiera sido interesante comprobar si se puede sostener toda una película de esta forma, pero *Schnabel* no tarda demasiado en traicionar su planteamiento y liberarnos del confinamiento de *Bauby*, en un astuto montaje de viejas fotos suyas que culmina en su rostro actual. A partir de ahí, **La escafandra...** se convierte en la versión “arty” de un libro de auto-ayuda. Mucha voz en off, muchas imágenes bonitas y evocadoras, mucho videoclip, y un único objetivo: aleccionar y conmover a toda costa. ¿Qué otra explicación tiene una escena tan rebuscada como aquella en que llama la amante de *Bauby*?

Donde *Amenábar* hacía un alegato en pro de la eutanasia, *Schnabel* usa a *Bauby* para recordarnos lo preciosa que es la vida, y cómo solemos desaprovecharla. Tras su fachada artística, sus métodos pueden ser tan manipuladores como los de cualquier telefilme de Antena 3; pero créanme que sabe vender su mensaje.